

Los chichimecas su espacio y su tiempo

Diversidad Cultural. Diversidad Patrimonial

Arqueóloga Martha Monzón Flores

CENTRO INAH GUANAJUATO

monzonshine@yahoo.com



Pulseras en forma de pericos, cultura del Balsas, Guerrero, época Clásica. Museo Nacional de Antropología. © Foto Martha López y José Antonio González.

Lo Prehispánico

El campo de acción de la arqueología presenta muchas vertientes que, desarrolladas en un ambiente idóneo de investigación, nos permiten tener una incidencia en los planos de lo social y de lo histórico, a fin de enriquecer con elementos tangibles la noción de lo que representa la cultura.

Las actividades que desarrollamos en torno a esta disciplina se hacen patentes en las etapas históricas por las que transitaron diversos grupos humanos, durante la época prehispánica. Se trata de culturas cuyas características nos permiten reconocerlas dentro de ciertos patrones, a pesar de que cada una de ellas siempre mues-

tra caracteres distintivos, que es necesario identificar a fin de establecer los parámetros que incidieron en su adaptación y en la conformación de sus asentamientos.

Ahora sabemos que por diferentes motivos, las sociedades que poblaron nuestro país recorrieron y abarcaron prácticamente todo el territorio nacio-

nal, en un principio los nómadas, que a través de sus continuas migraciones buscaron la solución para la subsistencia y posteriormente las sedentarias que, motivadas por el conocimiento geográfico, buscaron mejores *hábitats* para asentarse y al mismo tiempo el control económico, político y territorial, fueron dejando evidencias de su cultura tangible.

Es decir, tenemos en nuestro territorio nacional ocupación humana con una gran tradición histórico cultural, patente por las evidencias de cultura material localizadas en los diversos nichos ecológicos de nuestro país, como las costas, las planicies, los desiertos, las selvas tropicales, los valles, las sabanas y las sierras.

La diferenciación de los asentamientos humanos que ahora conocemos estuvo condicionada al medio ambiente, a la economía que practicaron y al bagaje cultural que acumularon, que en nuestro presente se transforman en la herencia que nos posibilita acercarnos, aunque sea de manera tangencial, a la comprensión de su cultura.

El tipo de asentamientos que hasta ahora se han logrado definir son en primer lugar, las formaciones naturales como cuevas, abrigos, frentes rocosos y cuerpos de agua (cenotes, lagunas). En segundo lugar, los que culturalmente se conformaron como los concheros, los campamentos estacionarios, los talleres, los sitios sin arquitectura y los que sí la tienen, sea ésta de menor y/o mayor monumentalidad, conformados con plazas, templos, avenidas, altares, estelas, talleres, casas habitación y tumbas, y otros más.

Dada su gran magnitud, el cúmulo de información susceptible de rescatarse y protegerse aún no ha sido cuantificada en su totalidad, ya que existen sitios con diversidad cronológica cuya tradición cultural en ocasiones es compartida por distintas regiones, o en su defecto la misma región posee asentamientos cultural y cronológicamente distintos, además de la diversificación en estilos arquitectónicos, materiales constructivos utilizados, la solución a problemas

de adaptación a la topografía, a la estabilidad misma de los edificios y la enorme variación de los materiales asociados, razón por la que cada sitio arqueológico requiere de un tratamiento especializado y un estudio integral en torno a sus cualidades específicas.

Así, vemos que los restos arqueológicos, que ahora se encuentran en una aparente dispersión en los 1'958,201 km² que abarca aproximadamente nuestro territorio nacional, son elementos precisos que, entretejidos en una explicación histórica amplia y coherente, nos pueden proporcionar las bases para entender los procesos mediante los cuales el hombre americano se fue adaptando y a la vez modificando su medio ambiente, a través de un desarrollo gradual ascendente hasta llegar a conformar los grandes asentamientos humanos que ahora conocemos, independientemente de las teorías que se puedan proponer en torno a los cambios que transformaron a esas culturas, sean éstos su gestación, apogeo y decadencia.

Someramente mencionaré algunos datos que nos pueden mostrar la complejidad del mosaico cultural al que nos enfrentamos, cuando intentamos sumergirnos en ese mundo, que para entenderlo cabalmente fue imprescindible darle un ordenamiento formal relacionado con el desarrollo gradual de que fueron objeto en diversas regiones y tiempos.

Como sabemos, en primer lugar, fue necesario distinguir dos grandes nichos ecológicos que fueron determinantes para las culturas que ahí se desarrollaron, es decir, Aridoamérica -que valga la aclaración ha sido objeto de varias denominaciones conforme han avanzado los estudios, y que no cabe discutir en este documento- y Mesoamérica.

Asimismo, la cronología y la región han jugado un papel fundamental para establecer la filiación cultural, por lo que al interior de estas dos regiones fue necesario dividir las por etapas temporales, precisar los caracteres que dieron vida a cada cultura y con ello establecer similitudes y diferencias culturales.

De esta manera, los resultados de investigaciones a lo largo de la trayectoria académica han arrojado información valiosa, sobre las culturas prehispánicas que se han ido insertando en este ordenamiento general conforme el surgimiento de nuevos datos, de tal forma que en una misma región podemos tener culturas con cronologías diferentes, a las que se les reconocen rasgos culturales compartidos.

Sobre esto podríamos mencionar el ejemplo de la Cuenca de México, en donde se ha registrado ocupación humana desde el Preclásico en sitios como Tlatilco, Estado de México, reconocido por la gran cantidad de figurillas femeninas asociadas con el culto de la fertilidad; durante el Clásico en Culhuacan, cuya cerámica muestra una fuerte conexión con Teotihuacán, y el Postclásico en Tlatelolco famoso por su imponente mercado y Tenochtitlan que en pocos años se impuso como el Imperio que ejerció su poder en una extensa región, estos tres últimos emplazados en el Distrito Federal.

Podríamos mencionar sitios totalmente diferenciados en cuanto a sus rasgos culturales, que comparten una misma etapa y por ende una cronología semejante. En este caso, estarían dos sitios del postclásico tardío como Casas Grandes, Chihuahua, que tuvo su apogeo entre 1300 y 1450 d.C., y Tizatlán, en Tlaxcala, fechado entre 1300 y 1400 d.C., seguramente su alejamiento territorial fue determinante para establecer sus diferencias de las que resalta entre otras, su arquitectura de tierra y piedra respectivamente.

En contraposición tenemos sitios como Xochicalco, en Morelos, y Tajín, en Veracruz, los cuales tuvieron su apogeo en un mismo periodo, esto es durante el epiclásico entre 600 y 900 d.C. Ambos muestran similitudes culturales en cuanto al estilo artístico que presentan los relieves de algunos de sus principales edificios, pero a su vez estaban alejados territorialmente.

Existen también sitios con largas ocupaciones temporales, que abarcan diferentes etapas cronológicas, como el caso de Coba, en Quintana Roo, que registra ocupación continua desde el

0 hasta 1521 d.C.; o en su defecto sitios que sólo muestran ocupación en una sola etapa como Tzintzuntzan en Michoacán que el cual mantiene su hegemonía solamente durante el postclásico tardío, desde 1450 hasta 1521d.C.

En cuanto a los restos de cultura material también encontramos diferencias y similitudes, que es necesario considerar para estudios históricos y para su posterior protección. Si ejemplificamos lo anterior, podríamos mencionar la arquitectura, representada por una gran cantidad de materiales y sistemas constructivos: los campamentos estacionales construidos por grupos cazadores recolectores, con materiales perecederos como ramas, varas y lodo, emplazados principalmente en el norte del país; los abrigos rocosos en donde se alojan cuartos de piedra y lodo como en Cuarenta Casas, Chihuahua; los concheros así llamados porque utilizan las conchas como material de construcción en El Calón, Sinaloa; las construcciones de tierra como en Casas Grandes, Chihuahua y las de piedra -son estas últimas, las más numerosas por cierto-, algunas de ellas finamente acabadas con aplandados de estuco y pintura mural, por ejemplo Cacaxtla en Tlaxcala.

Tenemos además materiales que nos impiden ubicarlos en el tiempo, si nos circunscribimos a su morfología externa, la lítica en general, ya que las formas, usos y técnicas de manufactura no presentan variantes radicales a lo largo del tiempo y su contrario: la cerámica tradicionalmente usada como un indicador fundamental de fechamiento, ya que sus variadas técnicas, formas y diseños logran distinguir a una cultura de otra, así como a un periodo de otro.

En cuanto a las manifestaciones artísticas, podemos mencionar la pintura rupestre y mural. Reconocemos que ambas nos relatan en sus gráficos escenas de la vida cotidiana, eventos rituales e históricos; sin embargo, los soportes, las técnicas, los trazos y la complejidad con las que fueron elaborados difieren enormemente, si comparamos dos casos contrarios como los de la Sierra de San Francisco en Baja California, en contraste con los

murales de Teotihuacán en el Estado de México.

Algunos rituales, como el que se practica en torno a la muerte, han sido objeto de tratamientos diferenciados, a pesar de que en términos generales se compartía la idea de la existencia de una vida después de la muerte, motivo por el que siempre estaban acompañados de ofrendas, que muestran variaciones en relación con el *status* de individuo y a la cultura a la que pertenece.

Así, vemos que para albergar el resto mortuorio se edificaron majestuosos edificios públicos como el Templo de las Inscripciones en Palenque, Chiapas; en el que en un espacio privilegiado fue enterrado el Rey Pacal. Tenemos edificaciones de menor tamaño como la tumba 7 de Monte Albán, en Oaxaca, que arrojó gran cantidad de piezas dispuestas como ofrendas y que por su exquisita factura han permitido asociar los restos óseos con un personaje perteneciente a las altas esferas de la sociedad.

Asimismo, en el Occidente se han localizado tumbas a las que, según mi parecer, se les otorga un carácter privado, como algo íntimo, algo que no debía ser notorio pero que sí debía rendir tributo a sus deudos, me refiero a las tumbas de tiro que están construidas bajo la superficie de hasta siete u ocho metros, en donde se construyeron cámaras mortuorias para depositar los cadáveres, dando la sensación de estar ocultas a la población, incluso al ordenamiento arquitectónico como en Huitzilapa, Jalisco.

También se han localizado individuos envueltos en textiles a manera de bultos mortuorios, como en la Cueva de la Candelaria en Coahuila; los restos óseos que únicamente se depositaron sobre camas de tierra, en posiciones diversas como el caso de Chupícuaro, Guanajuato. Las fuentes históricas relatan que los grupos nómadas del norte incineraban a los muertos, las cenizas de sus deudos las guardaban en pequeños bolsos que llevaban consigo durante sus travesías, y las de sus enemigos las arrojaban al viento.

En el plano religioso, vemos que existen dioses compartidos en tiem-

po y en espacio por algunas culturas, como podría ser Tláloc o Chac, dios de la lluvia, que aparece con variantes mínimas y con rasgos comunes en gran cantidad de sitios como en Teotihuacán, Estado de México; Xochicalco, Morelos; Acatempa, Guerrero; Castillo de Teayo, Veracruz; Uxmal, Yucatán; Bonampak, Chiapas; Tula, Hidalgo, y muchos otros más.

En la mayoría de las culturas se practicó el arte de observar los astros, como el Sol, la Luna y Venus, de los cuales lograron establecer las regularidades y temporalidades con que se desplazaban en la bóveda celeste, su conocimiento fue aprovechado para calcular el tiempo y fijar calendarios con actividades muy específicas. Es muy común que los edificios estén alineados de acuerdo con las orientaciones astronómicas, pero hay además, espacios destinados a esta observación que van desde edificios de grandes dimensiones, como el observatorio de Palenque, Chiapas.

Otros, como el de Xochicalco, Morelos, son pozos verticales profundos por el que durante el solsticio de verano cae directamente el rayo del sol. Existen petroglifos usados como marcadores astronómicos, por ejemplo en Teotihuacán. En otros casos, como el de Cerro Grande en Guanajuato se localizaron en la cima del cerro tres grandes piedras perfectamente acomodadas, y el orificio que se forma está alineado al rayo del sol, que pasa por ahí con gran precisión durante el equinoccio de primavera.

Es necesario mencionar que sólo fue utilizado un ejemplo para cada caso, ya que existen infinidad de sitios que presentan diversas situaciones específicas, que cabrían en varios de los puntos que aquí se han esbozado, y cuyo análisis nos permitiría entretejer infinidad de redes y combinaciones culturales; sin embargo, no habría espacio para referirlos a todos en este documento.

Como es posible apreciar, es necesario recuperar y proteger los restos de la cultura material, ya que su estudio y análisis nos permite acercarnos al pensamiento e idiosincrasia de los seres humanos, que concibieron

su mundo de una manera diferente a nuestra formación occidental, a partir de inferencias de diversa índole como podrían ser el entorno ambiental, el patrón de asentamiento, la comprensión de los sistemas de organización religiosa, política, militar, social y económica, los vínculos intergrupales, las alianzas matrimoniales, el conocimiento de las manifestaciones culturales e intelectuales como la pintura mural, la erección de estelas y columnas, el calendario, la cosmovisión, los mitos, la escritura, los eventos históricos; las actividades relacionadas con el culto, la arquitectura, sea ésta de carácter ceremonial o doméstica, sus materiales y sistemas constructivos, la orientación y disposición de los edificios, los materiales asociados como la cerámica, la lítica, la concha, el hueso, la cestería, las piedras verdes, los estudios de población, los sistemas de enterramientos y los ritos funerarios, los atributos físicos, las enfermedades y sus remedios, la nutrición, la dieta.

La lectura de los diferentes materiales arqueológicos, producto de estas sociedades, nos posibilita precisar, aunque sea de manera tentativa, una noción aproximada en cuanto a la manera en que establecieron un ordenamiento formal, dentro de sus instituciones, sus posibles imbricaciones y las transformaciones que éstas sufrieron a través del tiempo, vistas en conjunto, como el resultado histórico del quehacer humano y que trasciende en nuestros días como memoria histórica.

En relación con la lectura, me refiero a una interpretación lo más cercana posible al uso y función al que fueron destinados todos y cada uno de los componentes de una sociedad, que interactuando mutuamente, lograron establecer la dinámica mediante la cual cada grupo humano pudo estabilizarse y relacionarse con sus contemporáneos.

Además dentro del plano de lo material, si la lectura nos lo permite, es preciso reconocer en algunos restos materiales como en códices, estelas, pintura mural, escultura, figuras de barro o cerámica decorada, a los



Nariguera *yacameztli* encontrada en el Templo Mayor de Tenochtitlán, cultura Mexica. Museo del Templo Mayor. © Foto Martha López y José Antonio González.

actores sean estos los hombres y las mujeres que jugaron diversos roles jerarquizados y diversificados, así como las actividades que desarrollaron, a fin de enlazar al ser humano con el resto material.

Muchas veces el arqueólogo se pierde en la descripción del dato, en ocasiones por demás exhaustiva y necesaria indudablemente, pero en el camino se olvida que detrás de un resto material hubo un ser humano que lo creó para un fin determinado. En este proceso, la arqueología pierde un poco de su esencia como ciencia humanista.

En la medida en que nuestra interpretación nos permita explicarlos dentro de su espacio y su tiempo, lograremos dar una visión integral, que quede consignada en la historia, si consideramos que en el presente nos vamos a permitir darles un destino diferente al que fueron originalmente pensados.

De esta forma, si recreamos la lógica mediante la cual se conformó una ciudad prehispánica, ahora sabemos que sus habitantes disponían de espacios destinados al culto religioso, áreas civiles, administrativas, habitacionales, de comercio y zonas de trabajo como talleres y zonas agrícolas, cada uno de ellos con edificios, plazas, esculturas y altares destinados a un uso y función establecido previamente, ya que era en cada una de esas áreas donde realizaban sus rituales, planeaban estrategias políticas y militares, promovían sus creaciones artísticas y culturales, comerciaban, convivían, manufacturaban sus objetos, labraban sus tierras y enterraban a sus muertos.

En nuestros días todos esos espacios son destinados, en primer lugar, a la investigación arqueológica, que por las técnicas que desarrolla para recuperar información, remueve el contexto y modifica de alguna manera su

estructura original y como fin último al uso y disfrute del turismo.

Asimismo, la diversificación de productos que abarcan los bienes muebles asociados con esas culturas: vasijas de uso ceremonial y doméstico, instrumentos de piedra como puntas de proyectil, raederas, cuchillos empleados para diversos fines prácticos como corte, desgaste, caza y defensa e inclusive los adornos como collares, pendientes, brazaletes y orejeras, después de aplicarles estudios técnicos, irremediamente pasarán a formar parte de los acervos de los museos, a fin de ser exhibidos como piezas únicas, producto de culturas ya extintas y por ende como parte invaluable de nuestro patrimonio cultural.

Por ello es fundamental atribuir en el momento del análisis, el carácter adecuado y preciso a todos y cada uno de los objetos que etiquetamos como patrimonio cultural y la situación que guardaron dentro de una sociedad diferente, en la que ahora los insertamos y les otorgamos un nuevo espacio e inclusive un nuevo *status*. Como es posible apreciar, modificamos sustancialmente la realidad social para la que fueron pensados y elaborados; sin embargo, como tal parece que no tenemos otra alternativa más viable que ofrecerles en el presente, lo que sí podemos hacer es consignarlos en documentos y restituirles su presencia histórica.

Al respecto, Bonfil (1993:27) señala que: “Los objetos ajenos, los que fueron hechos por los ‘otros’ tienen también significado para ‘nosotros’ cuando pasan a formar parte de nuestro universo material o intangible. Pero el significado de esos objetos ajenos debe estar acorde con nuestro sistema de significados, con nuestra visión del mundo, con nuestra matriz cultural, por lo que frecuentemente le vamos a otorgar un significado diferente del que se les asignaba en su condición original, en el contexto significativo de su cultura de origen”.

La idea de darle impulso al turismo, que por sí mismo genera divisas para quien usufructúa con el patrimonio cultural, nos obliga de alguna manera a diseñar estrategias o mecanismos novedosos de los bienes, a fin

de hacer atractiva su puesta en escena, su exhibición.

Académicamente, esto se justifica en términos de contribuir con esfuerzos conducidos hacia la protección del patrimonio cultural, si es posible en sus contextos originales y en las manifestaciones culturales que manifiesta, dentro de una realidad viva y con matices sociales.

Así como en el pasado cada sociedad se apropió de determinados bienes, los valoró y los conservó como propios, de igual manera en el presente nuestras sociedades se apropian del patrimonio cultural, lo seleccionan y discriminan, otorgándole diferentes rangos de valor a partir de la noción de cultura que hemos ido forjando a través del ensayo-error.

De tal suerte que a partir de criterios fijados en la actualidad es como se determina cuáles sitios o qué tipo de materiales son más importantes que otros, y a éstos son a quienes se les dan prioridades para su intervención. De esta forma es que se sientan las bases para apoyar proyectos con objetivos muy precisos de protección, conservación y mantenimiento, influidos por las políticas gubernamentales que miran hacia su usufructo, sin tomar en cuenta en muchas ocasiones los tiempos fijados por la investigación e inclusive aplicando modelos externos a la realidad del país.

Estoy convencida de que recuperar la diversificación cultural, que tuvo nuestro pasado, no debería estar sujeta a visiones mercantilistas de la cultura, ya que en términos generales siempre se desdeñan sitios de menores dimensiones, que su sola presencia nos habla del rol que jugaron dentro del panorama global de las culturas de nuestro país. Sin embargo, como no son rentables turísticamente hablando, carecen de interés para su investigación y conservación y por ende no nos permiten insertarlos dentro del paisaje histórico en el que se proyectaron, además de que por la misma falta de atención son extremadamente susceptibles de sufrir altos grados de saqueo indiscriminado.

En las décadas de los cuarenta y cincuenta del siglo pasado, la arqueología

tuvo un despunte, gracias a la exploración de algunos sitios arqueológicos en varias regiones del país. Por razones que no cabe discutir ni detallar en este trabajo, en ese momento se eligieron sitios monumentales que arrojaron valiosa información hasta ese momento desconocida.

Hoy en día y varias décadas después la tendencia sigue siendo la misma, sólo que ahora los fines difieren, dado que no contamos con una política definida para la intervención sistemática de los asentamientos prehispánicos, a fin de darle coherencia a la investigación arqueológica, sino más bien se insertan en los planes y proyectos gubernamentales, encaminados a fomentar el turismo, por lo que irremediamente los sitios monumentales siguen siendo objeto de investigación y protección, y se desdeñan sitios de menor magnitud o de grupos nómadas cuyos restos materiales no son atractivos para los sectores que promueven a la arqueología en nuestros días.

Es preciso señalar que un asentamiento por pequeño que sea posee características y significados intrínsecos, que nos permiten entenderlo tanto en su particular contexto como en lo regional mediante la red de conexiones que pudo tener con otros sitios y al recuperar la información tenemos la posibilidad de enlazarlo con alguna de las tradiciones culturales, que se desarrollaron en nuestro país. De esta manera: “El conocimiento y aprehensión de todos los elementos de cultura material y su concatenación lógica, nos permiten recrear la vida de esos grupos y con ello entender aunque sea de manera tangencial, los procesos históricos por los que transitaron los pueblos a través del tiempo” (Monzón y Nieto, 2004:2).

Es en este plano donde debemos defender y sostener a ultranza la necesidad de aplicar investigaciones reflexivas a nuestro patrimonio cultural, contemplando para ello planes y programas a corto, mediano y largo plazo independientemente de las políticas gubernamentales, que abarquen la totalidad histórica y patrimonial que poseemos en el país.

La investigación arqueológica debe ser vista como un lazo indisoluble con su protección, en todas las regiones en donde existan restos materiales a fin de recuperar la riqueza cultural que poseemos como nación. Sin embargo, si desconocemos las características intrínsecas de cada sitio o región, carecemos de elementos pertinentes para planear su protección.

Nalda (1996:1) señala atinadamente que: "...el patrimonio cultural de México debe verse como materialización de su historia; es el producto de su conformación y desarrollo y como tal resume toda la experiencia de los grupos humanos que la conforman. La fragmentación de ese patrimonio es impensable: es un todo indivisible cuya explicación sólo cobra sentido cuando se intenta desde la perspectiva de la unidad de su pluralidad".

Esta investigación debe contemplar todos los procesos técnicos que desarrolla puntualmente la arqueología, para la recuperación de los materiales, es decir, desde la fotointerpretación, la ubicación del sitio, su recorrido de superficie, la recolecta de materiales de superficie, la exploración intensiva y extensiva, el análisis de los materiales de superficie y su relación con los de contexto, el estudio arquitectónico que incluye sus materiales y técnicas constructivas, y la relación que guardan entre sí todos los restos de cultura material. Asimismo su ubicación dentro de lo regional, sus semejanzas y desemejanzas con otros sitios, a fin de lograr su caracterización tanto en lo interno como en lo externo.

De ninguna manera debemos dar por concluida una investigación, en

donde únicamente se apliquen ciertos pasos del proceso técnico de intervención arqueológica, ya que éstos no nos pueden arrojar datos suficientes para entender la dinámica histórica por la que transitó una sociedad, además de que éstos nos remitirán a resultados e interpretaciones parciales y con ello a segmentar el conocimiento.

Indudablemente, cada uno de los pasos técnicos es importante en tanto se contemplen como una secuencia necesaria en el desarrollo del trabajo, cada cual planeado con tiempos determinados y con una evaluación parcial, a fin de que dichos datos nos proporcionen las pautas suficientes para el avance en el proceso de trabajo, pero de ninguna manera podemos aceptar que estos resultados parciales se conviertan en el desenlace de nuestra investigación.



Trompeta de caracol esculpida en piedra. Cultura Mexica, época Posclásica. Museo del Templo Mayor. © Foto Martha López y José Antonio González.



Conchas y caracoles esculpidas sobre el tablero de la pirámide de Quetzalcóatl, Teotihuacán, época Clásica. © Foto Martha López y José Antonio González.

Aunque en otros documentos he manifestado mi acuerdo con otros arqueólogos, en el sentido de las restricciones que enfrentamos para obtener la totalidad de la información que posee un sitio o una región, también sostengo que el área que le toca a cada investigador debe necesariamente cubrir todas las etapas de trabajo y recabar toda la información que en ese momento se logre recuperar, con la conciencia que los tiempos para cubrir todas las etapas de trabajo pueden ser extremadamente largos y que siempre quedarán zonas de reserva para futuras intervenciones arqueológicas.

La experiencia que se ha ido acumulando en los 100 años aproximados en los que se han intervenido sitios arqueológicos en nuestro país -si tomamos como parámetro de referencia a Leopoldo Batres y a Manuel Gamio con sus trabajos en Teotihuacán-, no sólo nos obligan a llevar a cabo con toda rigurosidad exploraciones sistemáticas, sino que además nos deberían comprometer a depurar técnicas, a implementar las técnicas novedosas de prospección, datación, a proponer nuevas formas para recuperar con mayor precisión los materiales. Asimismo, a proporcionar interpretaciones que hagan patente ante todo, que la arqueología desarrolla técnicas de trabajo, para soportar una investigación de carácter científico y de ninguna manera que las técnicas se

conviertan en el fin último de esta disciplina.

Consideraciones Finales

El archivo histórico del arqueólogo se encuentra en el campo. Es ahí donde debe buscar las explicaciones pertinentes para entender el pasado. Al desentrañar este pasado está alterando los contextos deposicionales en donde se quedaron los restos de cultura material de las sociedades humanas.

Es por ello que los procesos de recuperación de los materiales deberían estar unidos al de un minucioso registro, y con objetivos precisos de protección, ya que por un lado la lectura de sus componentes nos puede proporcionar el marco conceptual para interpretarlas y es a partir de éste, que estamos en condiciones de proteger los sitios con criterios sólidos, a fin de restituir los elementos dañados por la naturaleza desde su abandono y asegurar su mantenimiento *per se*, por medio de una planificación de los procesos técnicos adecuados para fortalecer su protección integral a corto, mediano y largo plazo.

Siendo que en nuestros días nuestro patrimonio cultural se encuentra inmerso en una posición compleja, en donde se confunden distintos procesos sociales, culturales, políticos, económicos y jurídicos, esta situación obliga a los actores sociales a plantear la necesidad de profundizar en el conocimiento de la cultura, a fin

de percibir qué tipo de aplicaciones y utilidades se están logrando de ella en la práctica, por parte de los diferentes sectores involucrados y lograr incidir en su resignificación a partir de criterios académicos.

Por lo anterior: “Para proteger nuestro patrimonio cultural es necesario en primer lugar conocerlo y para ello debemos llevar a cabo actividades propias de una investigación profesional sobre bases cognoscitivas y teóricas sólidas, que en sus diferentes niveles de especialización y con una dirección científica seria y reflexiva posibilite su aprehensión y por sí mismos nos proporcionen las pautas y lineamientos generales para su adecuada intervención, protección y difusión”: (Monzón y Nieto, 2004:2).

Bibliografía

- BONFIL Batalla, Guillermo, “Nuestro Patrimonio cultural: Un laberinto de significados”, en: *El Patrimonio Cultural de México*, pp. 19-39. FCE., México, 1993.
- MACHUCA, Antonio, “En defensa del Patrimonio Cultural”, Documento N° 1. Comité Pro Defensa de la voluntad popular de trabajadores del INAH, la educación y la cultura. DEAS-INAH, México, 1988.
- MESA, Silvia y Martha MONZÓN, “Consideraciones sobre la protección del patrimonio mueble”, pp. 223-233, en *El Patrimonio Sitiado*, Delegación DII-IA-1, Académicos del INAH, México, 1995.
- MONZÓN, Martha y Luis Felipe NIETO, “El Patrimonio Arqueológico y su enlace con la investigación”, Seminario de Patrimonio Cultural, DEAS-INAH, 2004 (en prensa).
- NALDA, Enrique, *Sobre la descentralización del patrimonio cultural de México*, Mecanoescrito, 1996.
- SOLANES, Ma. Del Carmen y Enrique VELA, “Atlas del México Prehispánico”, Especial de la Revista Arqueología Mexicana. N° 5, Editorial Raíces, México, 2000.
- V/Autores. 1° Foro, La defensa del Patrimonio Cultural, Sindicato de Investigadores del INAH, México, 1983.
- V/Autores. 1er Foro por la defensa del Patrimonio Arqueológico y Subacuático, Sindicato de Investigadores del INAH, México, 1988.
- V/Autores. S/F. Sobre la conservación del Patrimonio Cultural. Documento de discusión para el II Congreso Nacional de Investigadores. Mecanoescrito. INAH, México.